

Es probable que la devoción de Darío por la literatura francesa y en especial por su poesía, se haya cimentado en este teatro francés que vio siendo muy joven en Santiago de Chile. Darío nació en 1867 en Metapa, Nicaragua, y en 1886, a pesar de contar sólo 19 años, poseía la capitalización cultural del genio a quien le es posible respirar con los clásicos griegos y latinos, sin más información que la lectura de unos cuantos manuales.

El poeta chileno Francisco Contreras, autor de una de las mejores biografías del poeta, vio escribir a Darío el *Coloquio de los Centauros* en un tiempo escaso y con muy limitada documentación. Julio Saavedra Molina descubre, por su parte, la fervorosa admiración del poeta por el notable francés avecindado en Argentina, Paul Groussac (1848-1929), autor de *Fruto Vedado*, 1884, obra de imaginación que seguramente conoció Darío. En el teatro de Sarah Bernhard y en la obra del francés de Toulouse, Paul Groussac, vastamente estudiado por la crítica argentina, habría que establecer las raíces del "indio triste que nos enseñó a cantar", según otro decir apresurado.

Con sus proljas y sabias indagaciones, Julio Saavedra Molina replica a la sorpresa hasta el pasmo, revelada por Juan Valera cuando prologa *Azul* en Madrid, el 22 de octubre de 1888, por el afrancesamiento de Rubén Darío, vislumbrando su genio.

Los comentarios de Rubén Darío acerca del teatro de la actriz francesa son entusiastas y es natural que así sea; se ha producido en torno de ella una polarización, un hechizo. Muy pocos entienden la lengua de Racine, pero no importa, nadie entendía el latín de la antigua misa, según Louis Jouvet, y los fieles la seguían devotamente. Más que todo interesa el rescate logrado por doña María Consuelo Saavedra Jarpa de unas páginas originales de su padre, que da a la publicidad, no sólo en la conmemoración de un aniversario, más bien como un serio aporte a la cultura chilena.

LUIS MERINO REYES

<https://doi.org/10.29393/At458-26HSAC10026>

LAS HORAS SUCESIVAS

De Jorge Jobet

Ediciones Mar del Plata, 1987.

El tema de este libro de Jorge Jobet es el amor. Un suceso que siempre parece estar al alcance de la mano pero que, a la vez, es difícil de apresar o poseer por el intento poético. A través de sus páginas observamos cómo el poeta sustenta el sentimiento como arquetipo que da sentido a la construcción de la vida; cerca de un desbordamiento de los arrestos nupciales que el ser lleva dentro. Nuestro lírico cree, como también lo pensaba Aragón, que "el amor es el primero en salir de sí mismo". De ahí que contemple, endevotado, su exaltación entre ascensos y descensos y lo vea como ligamento para los sentidos, proclive a dar frutos, a crear climas nuevos, como hombre que por él se levanta y desarrolla a resplandores convulsivos. Jobet parece encontrar el nexo por qué el lazo de unión máximo del ser está más cerca del *eros* succionador que de la *philia* griega, que es amistad sin estallidos; por qué está unido a la excitación de las fuerzas que el individuo

cuida y desaloja en actos y acciones de fermentos románticos, en un *in promptu* que echa abajo las vallas, las fronteras y que, sin embargo, es condescendiente.

Esta naturalidad de sentir el amor es el amor humano que el poeta nos proyecta en *Las Horas Sucesivas*. Un amor que no es diferente desde el *Cantar salomónico*, pero que es distinto en cada resonancia humana. Junto a él el poeta localiza instancias inadvertidas, crea lugares nuevos que tratan de estirar el arrobamiento más allá del amor celebrado. Va hacia los momentos críticos del amor inexplicable, a los claustros suntuosos que entrega para el regocijo del ser, que quiere mostrar a los demás como acción que libera y recomienza casi siempre entre hechos de facto. Los poemas se unen a lo largo de la obra, mediante una hebra nítida, a los símbolos permanentes pero, además, como variaciones de cierta realidad más íntima. Comprende que el *eros* es modifiable, que se yuxtapone o cambia, que hay retornos tras los desligamientos ofensivos, que cambia de cara pero jamás de identidad óntica.

El poeta concede así al tema un tratamiento de cacería, de apresamiento vital. Lo convierte en un himno al amor humano sin edad que salva la fragilidad de su constitución poblando el mundo en que se desarrolla hasta formar parte plena del mismo. Adviene, entonces, el acercamiento a la naturaleza, al paisaje como otro principio sustentador de lo que el poeta halla en lo creado. Así el amor en *Las Horas Sucesivas* da con un techo esperado, con una vecindad recíproca, en los elementos que le adiciona el carácter del sur chileno, impronta que, por lo demás, recorre toda la obra de Jorge Jobet.

Esta umbilicalidad con lo natural, con el repertorio solidario de las cosas, son para el poeta relaciones inmutables. La ambición del lírico por ver y volver a ver en el paisaje, en el alrededor cotidiano o *lar* —que no es más que el peso del arraigo al terruño que entre nosotros empieza con Pedro de Oña y no terminará más— el signo complementador en la fundación y estabilidad del amor viviente, las vibraciones de sus flujos transitorios e insólitos.

El amor en *Las Horas Sucesivas* está, pues, enclavado entre la magia del sur y sus células memorables. Surgen porque al poeta le son preciosos para adornar los espacios del amor. Vemos gaviotas, aguas dulces y salobres, caracolas, dunas; también amapolas, vellones, nieves, la plaza del pueblo; hay geranios y granizos, tilos, bandurrias y "manzanas en rosales"; hay canelos, jacintos, ruiñores, colibríes y menta. Es el matrimonio o noviazgo mudo, imperturbable, al que llega el acento del lugar con estallidos de expresionismo entre las formas del sentimiento. De ahí que a su vez el pasado sea un sueño mágico que se levanta para echar abajo la soledad que rodea la vida, que no opera al margen de lo que ilustra el afecto sino en el sitio verdadero. Tal vez el único que el hombre tiene como intangibilidad.

Toda esta conmoción emotiva de Jobet ha buscado su expresión en un movimiento escritural que se afirma en la textura clásica, es decir: en ritmos fieles. El libro se escribe, en su mayor parte, en *verso sálico*: estrofas de tres versos de once sílabas y un cuarto de cinco o pentasílabo adónico, sin rima. Esta forma armoniosa ha sido poco usada por los poetas chilenos contemporáneos. La vemos, no obstante, en Neruda, en el poema *Angela Adónica* y en Nicanor Parra en *Defensa de Violeta Parra*.

Ella logra en la poesía de Jobet mucho de aquellos resplandores visibles que

admiraba el poeta inglés Wordsworth en el verso bien cortado: "el metro —decía— contribuye a imprimir pasión a las palabras".

Al hacer uso de estas formas simpatizantes, Jorge Jobet nos ha mostrado más plenos los síntomas de esta feliz pasión que contienen *Las Horas Sucesivas*, otro valioso aporte a su obra poética.

ANTONIO CAMPAÑA

NICANOR PARRA, BIOGRAFIA EMOTIVA

De Efraín Szmulewicz

Ediciones Rumbos, 1988.

Con motivo del libro *Nicanor Parra, Biografía Emotiva*, de Efraín Szmulewicz, tenemos de nuevo ante nosotros una visión de conjunto sobre la valiosa obra del poeta y sobre una poesía de síntomas memorables. El libro anota una apropiada demostración de la experiencia poética de Parra, de un poeta y de una poesía que no alaban ni ofenden al mundo para justificar su función, lo cual Szmulewicz deja bien en claro. A través de sus páginas se observa cómo el poeta, al revés de lo que suele creerse, ejecuta actos que procuran remecer nuestro universo como un árbol al que hay que sacudir para que bote sus malos frutos. El biógrafo ve bien por entre esta conciencia aguda, por entre esta *Weltanschanung* que se nutre del espectáculo que contempla y siente. De una poesía que quiere remecer nuestro mundo, protestar por su desarrollo lineal. De una labor que pretende perforar la existencia, ensayar sobre una realidad más profunda. En esta biografía Szmulewicz trata de ver la realidad que concibe el poeta con los dos ojos. Intenta así sobrepasar la perspectiva del realismo tradicional y lo capta entre los elementos íntimos en que se funda buena parte del lirismo de Parra. Nos coloca una vez más frente a esta poesía que toma conciencia de su tiempo a partir de su perspectiva humana.

La obra da, pues, plena y de frente con esta poesía que rechaza la medida del *status* y nos recuerda que cuando un poeta como Parra presenta su poesía en sociedad se revelan hechos que son de poca ocurrencia. Por obra y gracia de esta biografía vuelven hasta nosotros las interrogaciones vitales sobre lo que el poema es y lo que resuelve para él la antipoesía en su irreductibilidad cómplice. Aparecen otra vez los temas de la estética, las formas y la materia de la poesía a rodearnos. Es decir, sus planos trascendentales, su fondo de marea irreversible.

Este libro de Szmulewicz, polaco por nacimiento y chileno por devoción y acogimiento, contiene elementos que son mucho más que una biografía emotiva, como él las llama, pues lo cierto es que rebasan su molde y nos dejan puntos de apoyo necesarios. En sus páginas sorprendemos un buen intento por integrar la vida del poeta con su conducta en la realidad física, metafísica, social y religiosa, que traslada a su poesía. Algo de lo que se ha escrito poco sobre Parra por la tendencia escritural que